

La Noche Del Guerrero

Juan P Cicero M



Capítulo 1

"Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues si estás enojado. Ten misericordia de mí, ¡Oh, Elohim! pues estoy sin fuerzas; Sáname, pues no puedo sostenerme". Salmo 6: 1-2

El guerrero al fin abrió los ojos. Aunque no sintiera el latir de su corazón y por sus venas sólo corriera una helada corriente, no estaba muerto.

El sol se había ocultado. El cielo oscureció y se cubrió de estrellas. Había fuego cerca: Por fuera no hacía tanto frío... pero por dentro, había hielo quebrándose en los huesos.

El guerrero se levantó y se irguió. Jadeó un poco, tratando de recordar, tratando de asimilar lo que había ocurrido. Luego recordó. Y tuvo que luchar por contener las lágrimas.

Luego comenzó a gemir. Llanto. Un quejido de dolor. Uno de sufrimiento. Dolor. Frío. Muerte... en vida una abismal muerte.

Se llevó las manos a la cara, y quiso convencerse a sí mismo de que no había sido su culpa. De que no había fallado... pero era inútil. Todos los pensamientos negativos que alguna vez lo atormentaron, ahora bombardeaban su mente. No hallaba salida de la culpa, no hallaba excusa...

¿Y es que como la hay, para alguien que promete lealtad eterna, alguien que jura dar su vida por lo que ama... y retrocede cuando ve que el horizonte se oscurece?

Ahora estaba arrepentido. Deseaba regresar. Deseaba volver a la ciudad oscura y enfrentarse a todos con su sola espada...

Pero no podía. La ciudad estaba muy lejos. Se intentó levantar, pero su pierna estaba lacerada. Intentó tomar la espada, pero se miró la mano y vió con horror, que los dedos índice y corazón estaban arrancados.

Ya ni siquiera llorar pudo lograr. Sus ojos enrojecieron, su rostro moreno había palidecido, sus labios estaban cubiertos de ceniza... había besado a un ave de fuego. Una princesa que se consumió en las llamas... ¿nacería otra vez?

"¿Qué es lo que has hecho?", susurró esa voz demoniaca en su cabeza. "La perdiste. Perdiste. No hay vuelta atrás. Perdiste."

El guerrero era necio, no dejaba de dejarse afligir por lo que la mentirosa

voz decía.

"Cometiste dos gravísimos errores", se dijo a sí mismo, "La juzgaste mal... y la dejaste cuando todo se empezó a oscurecer".

Miró el desierto, el horizonte oscuro, y a lo lejos pudo ver su vehículo: estaba hecho añicos. Le recordó mucho a la vez pasada, pero ésta vez era de noche. Ésta vez había perdido de verdad. Aquella había sido el comienzo...

Ésta vez, sentía en su alma que era el final.

"¡Tengo que llegar!", se dijo a sí mismo, "¡Tengo que salvarla! Vamos, ¡vamos!, tú puedes, ¡otra vez, ahora sí saldrá bien!"

Pero ésta vez... no tuvo fuerzas para levantarse.

"No pasará", dijo la voz. Y entonces, el guerrero al fin la pudo ver.

Delante de él, una figura hecha enteramente de fuego, a la que ya había visto antes, una vez. Su sonrisa malévola era más inquietante que aterradora, más odiosa que intimidante, y sólo despertaban en el guerrero un coraje consigo mismo. Frustración, ira, odio, rencor... Apartó la mirada, pues sabía que venían de los ojos de aquél espectro... pero éste acercó su cola a sus sienes y el calor lo obligó a abrirlos otra vez, dejándose latigar por las llamas del enemigo.

Y no venía solo esta vez: A su alrededor, pudo ver las capuchas negras y escarlata que rondaban en círculos, soltando risas ahogadas, burlas en lenguas que no pudo entender, pero que pudo sentir como navajas en su corazón y en sus oídos. Éstas no eran insoportablemente calurosas como las del demonio, eran frías como una noche de soledad.

Y cuando vió sus pálidos rostros, y sus colmillos afilados, y sus lenguas rojas, y sus ojos amarillos, supo que venían a alimentarse de todas esas emociones negativas.

Los vampiros se estaban dando un festín: El guerrero intentó levantarse, pero no pudo, y se dió un fuerte golpe en el pecho. La culpa lo llenó, y empezó a reprenderse, a llenarse de rencor contra sí mismo. Quiso por un instante ser tragado por la tierra y olvidado entre las arenas, pues la humillación era tal que ni su propia vida la parecía que valiera la pena.

"¡No", le dijo su corazón, "¡No te rindas!"

Pero el guerrero desvió la mirada del horizonte hacia el cielo, mirando las estrellas entre las cortinas de lluvia que salían de sus ojos.

- "Lo hice mal. Perdón"

"¡No!", otra vez sintió el latir de su interior, "¡Levántate!"

Pero el guerrero se recostó.

"¡No!", dijo su corazón, "¡No te duermas, mantén los ojos abiertos!"

Pero el guerrero los cerró.

Pero el guerrero cayó en el profundo sueño de la resignación.

"Si tú no te vas a ayudar..." dijo la voz de su corazón, aunque él no la oía conscientemente, "... yo mismo lo haré. No te dejaré, no permitiré que te rindas sin dar más pelea. ¡No te vas a rendir!"

El guerrero abrió los ojos. De pronto, el fuego a su lado se incrementó. No se pudo levantar, sólo miró el cielo y sintió el calor, proveniente del resplandor que divisaba con el rabillo del ojo.

"Esfuézate más, y sé valiente. Cometiste un error, pero lo vas a enmendar.", su corazón entonces calló, para dar paso a un mensajero.

El guerrero sintió otra vez esa mano amiga tomar su mano, y lo irguió. Se encontraba aún en el desierto, pero la sequedad en su garganta se había ido. Sus ojos ahora estaban bien abiertos, e incluso sus dedos faltantes estaban de nuevo en su lugar.

"Yo estoy contigo", fue lo último que le oyó decir a su corazón, antes de que hablase el otro: la figura celestial dorada y blanca, vieja amiga, que ahora se disponía a levantarlo.

El guerrero lo miró, y siguió llorando. Bajó la cabeza humillado.

- "¿Por qué vienes a ayudarme?" - le preguntó, sin mirarlo - "No merezco nada... Retrocedí. Prometí que no lo haría y lo hice. La dejé... ¿qué clase de hombre soy después de eso?"

- "Levántate" - le dijo el ángel, como si no lo hubiese escuchado -
"Limpiate esas lágrimas, porque ÉL está contigo. ¿No lo escuchas?
Escucha sus palabras: 'Esfuerzate y sé valiente'. Ahora date cuenta de que te puedes volver a levantar."

El guerrero dejó de llorar. Se quedó así un rato: sereno, pensativo, aún dolido, pero consciente de que no podía permitirse el pensar así.

"¿De verdad le crees?", oyó decir al demonio invisible, "De verdad eres..."

No lo dejó terminar. Miró al ángel otra vez, y éste le habló:

- "¿Crees que te puedes levantar?"

El guerrero se limpió las lágrimas. Y sonrió.

- "Sí." - dijo - "¿Qué otra cosa puedo hacer?"

Se puso en pie. Intentó caminar... y se desplomó otra vez, quedando de rodillas.

- "No puedo sólo... Ayúdame... Te necesito... yo... "

- "La necesitas" - concluyó el ángel, sonriendo.

Él también sonrió, con los labios cerrados, un poquito de pena, pero un brillo en los ojos y una lágrima escapándose de ellos, deslizándose suavemente por su mejilla.

- "¿La necesitas de verdad?" - preguntó el ángel.

El chico negó con la cabeza.

- "La necesito bien". - dijo, siguió: "No, no la necesito, pero la quiero aquí conmigo... quiero estar allá con ella... quiero ayudarla..."

El ángel se lo llevó del brazo. El chico caminó con facilidad, apoyado de su fiel gwardián.

- "Te ayudaré. Tenemos un camino que recorrer. De momento, lo seintrás un poco largo, y tal vez duro... pero créeme, no será nada cuando estés preparado."

- "¿Preparado para qué?"

- "Para triunfar".

- "¿Y eso cuando será?"

- "Ya lo es ahora".

- "No me siento triunfante..."

- "Es por eso que te debes dar cuenta, debes recordar. Tu corazón y tu alma ya lo saben... son tu mente, tus fuerzas y tu cuerpo a quienes

debemos refrescarles la memoria".

Y se lo llevó andando por el desierto, lejos de la fogata, hasta que llegaron a un mar de dunas inmenso, en el que el guerrero ya no sentía la cercanía de los vampiros y las arañas.

- "Te llevo ante manos amigas. Estarás bien. Sabrás qué hacer. No tengas miedo. Pronto lo verás: ÉL está contigo".

Y el guerrero se volvió a desplomar. El ángel le soltó la mano. Cayó de bruces tendido en la arena... y quedó en un profundo sueño antes de continuar.

Despertó animado por las guitarras, las citaras, los panderos y los tambores.

Se levantó y le sorprendió la escena que veía: Una veintena de mujeres, danzando y cantando con alegría, entusiasmo y muchísima coordinación, agitando los panderos y soltando risas que al mismo tiempo tenían melodía.

Bailaban en círculo, acercandose unas a otras, luego volviendose a abrir, a veces giraban sobre sí mismas y extendían los brazos como si fuesen helices diagonales. El júbilo estaba presente en sus corazones.

Todas estaban vestidas de vívidos tonos cálidos: llevaban túnicas rojas, de un tono escarlata casi sanguíneo, sus cabezas las cubrían pañuelos amarillos, y las piernas se las rodeaban faldas anaranjadas que casi parecían ser parte de las llamas que en la fogata danzaban con igual alegría, girando y sacudiendose con el viento del desierto, levantando arena sin que fuese ninguna molestia.

La mayoría de ellas eran de pieles morenas, de un cálido color avellana. Algunas eran negras como un puro marfil de cacáo, tres eran rubias y una sola era castaña. No había pelirrojas, pero al guerrero ya no le importaba: Ahora sólo una pelirroja era la que su corazón anhelaba ver, y no estaba ahí, sino en la oscura ciudad de Argón.

Y en otro punto, alrededor de la fogata, estaba un pequeño grupo de hombres, sentados, aplaudiendo a las bailarinas, tocando instrumentos de cuerda y gozando: la mayoría eran de piel oscura como el carbón, otros de un tono más chocolatado, y los había algunos de unas pieles anaranjadas y cálidas como las de las mujeres.

El guerrero también pudo ver más allá de donde estaba esta gente reunida, y miró para su sorpresa, los restos de una ciudad: una ciudad de

grn antigüedad, levantandose en frente de él y, como pudo notar después, a su alrededor, y era tal como las otras ciudades lucían: antigua y a la vez increíblemente avanzada. Alguna vez rebosaron aeronaves aquí, vehículos de aire y tierra, incluso puede alcanzar a ver las destrozadas vías del monorriel... No es casi nada lo que ve pues lo distrae la cálida sonrisa de la mujer castaña, que se ha separado de la danza para acercarse a él con amabilidad, llevando entre sus manos un vaso de arcilla lleno de agua de tamarindo.

- Bienvenido, Guerrero del Panal - le dice, extendiendo las manos para pasarle el vaso.

El chico se queda tieso un rato. Sólo la mira. Una mujer madura, adulta, pero jovial y de gran belleza, tanta como la que seguramente tiene en el alma, a juzgar por esa sonrisa tan amable y desinteresada. Hay algo en ella tan... maternal. Como mirar a una tierna madre que atiende a un pequeño.

- ¿Dónde estoy? - preguntó el guerrero.

- Ésta era la gran ciudad de Neón - le dice la mujer

Él se pone de pie, tambaleante. La mujer extiende las manos para sostenerlo por si cae, pero se mantiene firme. El chico mira a la gente y luego mira a su anfitriona.

Ella tiene algo... Es demasiado familiar. Demasiado. Le trae recuerdos... pero no es capaz de indagar mucho en ello, así que sólo le pregunta:

- ¿Y ustedes quienes son? - lo dice después de tragar, pues un poco de sangre se le estaba escapando.

- Somos descendientes y amigos de los que sobrevivieron a su devastación. Tal como nos ves, todos los aquí presentes somos ardones. Naranjas, Ocre, Rojos, Negros y unas cuantas Azules, como podrás ver.

- Sé qué son... Sus ropas y pieles... Tú eres una naranja.

Ella sonríe, cierra los ojos y asiente, no solo con la cabeza, sino con todo el cuerpo, como presentandose.

- Mi nombre es María, y soy la líder de la hermandad.

- ¿Hermandad? ¿La hermandad de la llama viva?

- Así es.

- Ustedes son las defensoras del desierto, las guardianas de la última frontera... con Eyja-Lifandi.

- La isla del oeste está al tanto de tus actividades.

El chico sonrió. Le emocionaba saber que estaba teniendo al fin una cercanía con la isla bendecida.

Ella empezó a caminar. El chico la siguió.

- ¿Qué es todo esto? - preguntó, refiriéndose al baile jubiloso.

- Cada viernes en la noche, nos gusta exaltar al Eterno con danza y música. Le damos gracias por todo: por la vida, por los trabajos, por la libertad, por sus gracias para nosotros, y por nunca abandonarnos.

- Todo luce muy jubiloso.

- Lo es. - dijo María con una sonrisa cálida.

Llegaron ante una tienda de campaña, en donde un hombre maduro, de piel oscura y larga barba blanca, los recibió.

- Así que tú eres el muchacho. El guerrero del panal.

- ¿Cómo saben de mí?

- Amigo - le extendió la mano - Todos somos hijos del Eterno. Conocemos bien a nuestros hermanos.

El muchacho tomó asiento ante la invitación del hombre. De pronto, la música cesó poco a poco, y el chico supo que habían dejado de bailar. Le pasaron un plato con un caldo rojo, picante y servido con tiras de pollo y cortes de cebolla. Él cenó gustoso: Se estaba muriendo de hambre. También le pasaron pan.

- ¿Por qué hacen esto por mí? - preguntó al fin, después de haber cenado a gusto.

Muchos de los presentes murmuraron y hasta rieron, pero ninguno le dio una respuesta directa por un rato.

Fue María quien le respondió.

- ¿No habríamos de hacerlo por quien sea, por cualquiera de nuestros amigos y hermanos?

- Pero me conocen. Saben quien soy... Debe haber algo más.

- Tú eres un joven guerrero, y uno de los Kiviar de la nueva generación. Sabemos del viaje que estás realizando... y el ángel nos avisó de tu rumbo. Acabas de tener una caída dura... un tropiezo oscuro... pero te has levantado. Queremos ayudarte a ponerte de pie, y a retomar el camino.

- No sé cómo hacerlo... He fracasado en casi todo lo que me tenían encomendado y no tengo idea de cómo puedo retomar el rumbo.

- Eso sólo puedes hacerlo acuidando a ÉL.

El chico entrecerró los ojos, aún un poco dudoso.

- ¿Cómo?

- Te ayudaremos. Es tu destino convertirte en un guerrero, y no uno cualquiera. Tienes un papel importante en todo este conflicto... eres elegido para marcar una diferencia en el rumbo de la marea.

- Ésta no es mi guerra...

- No puedes ignorarlo. Está en tus venas: el legado Kiviar fluye en tí, debes unirte a la pelea con tus hermanos y hermanas, y preparar el camino para la victoria final.

El chico se quedó pensativo un rato. No se sentía un héroe: había tanto apego en su interior, tanta lamentación.

- Cometí un error y lo pagué con creces... Perdí a alguien, está perdida y asustada, envuelta en medio de sombras, y no sé cómo puedo ayudarla... Quiero ayudarla, con todo el corazón.

- ¿Acaso necesita tu ayuda? Ella es fuerte y valiente, no se dejará romper con facilidad... No te preocupes por tu amada, pues el Rey la tiene como una consentida en su corazón. Nada la quebrará mientras esperas volver a verla.

Sus ojos se abrieron de golpe.

- ¿Saben de quien hablo?

Ella asintió, y mandó a traer un artefacto de lo más curioso: un anillo dorado, con un rubí incrustado. El guerrero ya lo había visto antes.

- Esto era de ella. - dijo la mujer.

- ¿De dónde lo sacaron?

La mujer sonrió con cariño, y levantó la mirada sacudiéndose el pelo.

- Ella es mi hija.

La sorpresa en los ojos del guerrero no se podía ocultar. Tenía ahora muchas preguntas por hacerle, pero ella le puso un dedo sobre los labios, a escasos centímetros de separación.

- Las preguntas vendrán después. Ahora tienes una misión.

- Fracasé en esa misión.

- No, no es así. Tienes una nueva misión, y con ella cumplirás con la anterior.

- No entiendo.

- ¿Si ella estuviera aquí qué crees que te diría?

Él se quedó pensativo unos segundos. Pensando... Su corazón de pronto se libró de todo temor, y empezó a hablar con seriedad y objetividad.

- Me diría que no me rindiera, que siguiera adelante.

La mujer sonrió.

- Ármate de valor, y emprende tu búsqueda.

- Ni siquiera sé qué tengo que buscar.

- Ve al oeste. No estás lejos de la costa... Tienes que partir en alta mar y buscar la isla bendecida.

- Ningún mortal ha podido llegar en siglos. Y aún si lo hiciera, ¿qué tengo que hacer ahí de importante? ¿Qué he hecho para merecer siquiera mirar la isla bendita?

- No es lo que has hecho, sino lo que debes hacer. Sólo de parte de ellos obtendrás la ayuda que necesitas. Si quieres seguir el camino llano, ve ante los guardianes que protegen la isla, y si consigues gracia a sus ojos, ellos intercederán por ti ante ÉL quien está por encima de Todos.

El cuerpo del guerrero se petrificó, una brisa de gran candor placentero

llenó el entorno, al oír el título de títulos.

- ¿Harían que Él quisiese hablar conmigo?

- Evan... Él siempre habla contigo, sólo que a veces no escuchas, o a veces no lo escuchas solo a él y te enredas la mente.

- ¿Y ellos querrán hablar conmigo? ¿Los guardianes de la costa?

- Tendrás que preguntarselos.

El chico se puso de pie.

- ¿Y todo esto para qué? ¿Por qué a mí? Yo ya no quiero seguir peleando, sólo me destrozan una y otra vez. ¿Para qué me piden a mi que haga algo que es tan importante?

- Nosotras te lo pedimos porque Él te lo pide, Evan. Deja de negar tu puesto como guerrero. ¿Por qué tanto afán en denigrarte? Deja de negar tu herencia: ¡Eres hijo de un rey! ¡Eres hijo del único Rey!

Evan se quedó callado, pero ahora veía las cosas de otra manera.

Estaba pensativo. No sabía si iba a poder soportar la carga de tan grande responsabilidad. Pero sintió la sangre calentarsele por dentro. Se había enfriado, luego se había puesto a hervir como una olla, luego casi la sintió congelarse... ahora era cálida, no como un horno, sino como una amable y reluciente vela en la noche.

- Te suplicamos que nos ayudes, muchacho. Hay muchos vigías y ministros en sus puestos. ¿Pero tú? Tú eres un viajero. Un mensajero. Necesitamos que transmitas el mensaje del ejército del bien.

El chico tomó aire. Él no quería seguir huyendo. Él quería acceder, quería cumplir con el deber... Tan sólo tenía miedo.

- ¿Y si lo hago mal?

La mujer sólo sonrió. Y era una sonrisa maternal, cálida y destructora de toda inseguridad.

- No lo harás, porque Él está contigo.

El chico sintió un alivio llenar su corazón.

Pero aunque no quería, su corazón y su mente tenían una afanada

preocupación aún queriendo echar leña al fuego.

- ¿La volveré a ver?

No hubo respuesta por un rato, pero Maria pudo sentir su pecho quebrarse, y sintió compasión por él. Le dió ternura ver que, silenciosamente, de sus ojos salían dos lágrimas resbaladizas que mojaron sus mejillas, que estaban serenas como su rostro, buscando mostrarse firme y recto a pesar del dolor interno.

- Seguiré adelante aunque la respuesta sea no, pero... Por piedad... ¿Volveré a abrazarla y le podré decir todo lo que no le dije?

De nuevo, solo silencio, pero Maria lo miraba con ternura.

- Sé que está bien, y que estará bien... y sé que estaré bien... Sólo quiero volver a verla cuando haya hecho lo que tenga que hacer, y poder cumplir la misión que dejé pausada...

- ¿Misión? ¿No dirás más bien un anhelo?

Evan inhaló fuerte, ahogando sus lágrimas.

- Siempre quise creer que era una misión... Lo era para mi... Prometí no apartarme de su lado y... ahora mírame.

Él no quería, pero el rostro se le enrojeció y humedeció, tuvo que cerrar los ojos y apartar la vista para no ser flagelado por la vergüenza. Entonces sintió la mano cálida de Maria tocar su mejilla, luego la otra con la mano izquierda, y abrió los ojos para ver el rostro de aquella mujer a la que apenas conocía, pero ya amaba mucho... como a su propia madre. Tenía una maternidad natural que de golpe sintió golpear su alma.

- No tengas miedo. - le dijo - Ése anhelo está en tu corazón por una razón, y una muy especial. Sólo ten fe, cumple con tu misión, y verás cómo todo rinde frutos, incluso lo que creías perdido.

El chico se calmó poco a poco. Sonrió. Pudo sentir su rostro calentarse por el tierno afecto que aquella guerrera le infundía por las manos, uno de consuelo, uno de apoyo.

- Ponte tu armadura - continuó Maria, y se apartó para mostrar a un grupo de jóvenes de piel oscura, que llevaban entre manos las piezas de una armadura. Era como de cobre, o al menos de ese color, pero de un metal seguramente distinto... Tal vez incluso desconocido. Lucía muy semejante a una armadura romana o tal vez griega, o incluso hebrea...

pero no era ninguna de ellas. Era una antigua armadura ardon.

Hebrea sería lo más semejante a su estilo.

El chico se vistió. Se puso primero el cinturón, que venía unido al faldón que le servía de pantalón. Lo ató como si haciendolo atase a él toda la verdad. Luego se puso la coraza del torso, que representaba la justicia y rectitud. La espada la guardó en una vaina hecha con piel y papel. Se colocó el calzado, un par de sandalias con grebas que protegían los tobillos y llegaban hasta las rodillas. Una tenía escrito en las suelas M M L J, y la otra, R H C G T T E P S J J A. Luego tomó el yelmo y se lo puso en la cabeza. Y finalmente, tomó el escudo y se lo ató a la espalda.

Una vez que terminó de vestirse, el chico vió que el sol comenzaba a salir por el este, viendose más allá de donde surgía la ciudad de Neón (o lo que quedaba de ella) en el horizonte.

Tenía el desierto ante él, y todo un destino por delante.

Respiró hondo. La duda y la incertidumbre lo invadieron otra vez.

Y caminó. Al oeste. Era todo lo que sabía de la ruta que había de seguir. Al oeste. Hasta la costa. Y el borde del mundo.

A aquel mundo en donde se unen los cielos y las aguas.